

¡REPÚBLICA URGENTE!

**ALEGATO POR UNA
DEMOCRACIA AUTÉNTICA**

**SANTIAGO
KOVADLOFF**

**HÉCTOR M.
GUYOT**

emecé



Santiago Kovadloff
Héctor M. Guyot

¡República Urgente!

Alegato por una democracia auténtica



CAPÍTULO 1

El porqué de la urgencia

Dos modelos en tensión/ Un relato simplificador/
La apelación al setentismo/ La herencia caudillista/
Los banderazos, límite al «vamos por todo»/
La corrupción y el embate a la Justicia/ El papel de
la ley/ La pobreza, deuda pendiente de la república/
Lo que está en juego

HÉCTOR M. GUYOT: Podríamos empezar la conversación con una reflexión acerca de la urgencia a la que alude el título de este libro. ¿En qué consiste? ¿Cuál es su carácter?

SANTIAGO KOVADLOFF: La urgencia es un imperativo que puede advertirse tanto en el oficialismo como en la oposición. En el primero, para consumir la impunidad del delito encarnado por Cristina Fernández de Kirchner; en el segundo, para devolverle vigencia plena a la Constitución Nacional. *¡República Urgente!*, el título del libro, responde a este segundo propósito. Tenemos la convicción y las evidencias de que el tiempo que nos queda para rescatar el proyecto

republicano de las manos del populismo es escaso. Las instituciones que deben garantizar la consistencia de la democracia republicana están afectadas por la hegemonía populista. La urgencia populista, por su parte, se inspira en la necesidad de vulnerar la Constitución, manipular los poderes y convertir a las instituciones en herramientas de una autocracia consumada.

H.M.G.: Esta es para mí la mayor urgencia. Hay un acoso explícito a la república con los objetivos que has expuesto. Tenemos un gobierno decidido a tomar el control de la Justicia para neutralizar las causas de corrupción que se le siguen a la vicepresidenta. Ese avance produce una confrontación entre dos proyectos de país, el populista y el republicano. Y no hay entre ellos posibilidad de mediación o diálogo, porque el objetivo del primero es aniquilar al otro, que hoy está a la defensiva ante un ataque que se despliega en muchos frentes. Esta es la urgencia.

Desde una perspectiva más amplia, creo que la tensión entre autoritarismo y verdadera democracia recorre la historia argentina. Son dos modelos en tensión o en pugna, aunque muchas veces no se han dado en forma químicamente pura. Los gobiernos argentinos, incluso los que muestran respeto por las instituciones, suelen tener algún componente populista que es parte del sistema. Del otro lado, los gobiernos de sesgo populista pueden tener algún componente

republicano. No es el caso del kirchnerismo, que se enmascara en las formas de la democracia para atacarla desde adentro.

Vale aclarar que la república, como construcción siempre mejorable, es más bien un anhelo, una voluntad de «ir hacia». Lo urgente es volver al camino que el país alguna vez emprendió, hoy interrumpido y amenazado como pocas veces antes.

S.K.: Tenés razón. Si bien entre nosotros el ideal republicano nació hace mucho, nunca alcanzó a consolidarse. Esto evidencia no solo una obstrucción externa, sino también ineptitud o impotencia en quienes impulsaron hasta hoy ese modelo. Toda tentativa de retomar el proyecto del ideal republicano demanda una autocrítica honda por parte de quienes lo lleven a cabo. Habrá que ver si el fracaso alecciona. No basta con responsabilizar a los populistas de lo que no supimos lograr hasta hoy. Entonces, podemos caracterizar a la oposición actual en función de un doble diagnóstico: uno de ellos debe decirnos hasta dónde llega su autocrítica. El otro, si basado en eso cuenta con un buen proyecto de gobernabilidad para el futuro.

Otro punto interesante de lo que has planteado es que ni el republicanismo ni el populismo dejan de ser mestizos, y este mestizaje muestra hasta dónde la Argentina no llegó a vivir nunca en el marco pleno de la Constitución. Hemos tenido más propensión a

transformarla que a cumplir con ella. Y a transformarla en función de demandas en las que se confunde al Poder Ejecutivo con la totalidad del gobierno. Es decir, a las instituciones con una herramienta al servicio de quien ha ganado las elecciones.

Otra razón de nuestra urgencia por reposicionar al republicanismo proviene del hecho de que el populismo está logrando la tergiversación y el encubrimiento de sus transgresiones del modo más perverso posible: haciéndolas pasar por conductas que representan la auténtica legalidad y los verdaderos derechos cívicos.

H.M.G.: Esto es fundamental. Para lograrlo, cuenta con un relato que apela a las emociones y nubla la percepción de los hechos. Primero, divide a la sociedad entre buenos y malos, entre patriotas y réprobos. Por supuesto, el kirchnerismo encarna esa esencia patriótica ligada al pueblo. Los que no adhieren a esa idea quedan afuera, son enemigos. Como dijo el jefe de gabinete para desestimar uno de los banderazos: «No son el pueblo, no son la Argentina». Para construir ese relato eficaz, hecho a base de mentiras y teorías conspirativas, los Kirchner han echado sal en heridas abiertas del pasado. Así, abonaron el terreno para instalar una división que es parte esencial de su fortaleza y que resulta costosísima en términos sociales y políticos.

S.K.: La construcción del relato eficaz supone dos cosas: habilidad para hacerlo y un muy buen conocimiento del medio social al que va dirigido. La habilidad del kirchnerismo para instrumentar a su favor lo que llamás «heridas abiertas» fue decisiva. El fracaso del ideal revolucionario de los años setenta encarnado por los grupos guerrilleros abrió un terreno propicio para su idealización. Hay que sumar, además, la pobreza concebida como instrumento político, la construcción política de la pobreza. Son todos elementos importantísimos que fortalecieron al populismo. Los Kirchner alcanzan a proyectarse de tal manera que se convierten en dirigentes de un movimiento que se empeñó en reducir al peronismo a la condición de un mero capital, del que ellos serían su expresión más viva. En suma, hubo en el populismo una gran capacidad diagnóstica y una manipulación de los recursos políticos disponibles, facilitados también por las irresoluciones del republicanismo.

H.M.G.: Cuando llegó al gobierno, Néstor Kirchner puso a su servicio una estructura administrativa que responde a una matriz corporativa, asentada en el país a lo largo de décadas. Por otro lado, traía la experiencia acumulada en Santa Cruz, donde había cooptado las instituciones, históricamente débiles. Los Kirchner y sus funcionarios, incluso sus empresarios amigos, ensayaron y experimentaron a fondo y con éxito en

su provincia. Tenían el método, sabían cómo hacerlo. Era cuestión de atreverse a replicar en el país lo que habían hecho en el sur. A Kirchner no le costó erigirse en caudillo porque el país está acostumbrado a ellos. Aquí el presidente lo decide todo. Las corporaciones y los grupos de interés sectorial están habituados a eso y se alinean rápido.

S.K.: Sin duda. Supieron aprovecharse del poder extraordinario que la Constitución confiere a la investidura del presidente de la nación y que el propio Alberdi llegó a considerar necesario.

H.M.G.: Somos herencia del Virreinato y del largo período que siguió a la Independencia, con sus guerras internas y sus divisiones, durante el cual la fuerza contaba más que la ley. El caudillo era la figura que garantizaba el orden. Lo sigue siendo, de algún modo. Cuando la sociedad pide orden a cualquier precio, y en este país de crisis recurrentes eso ha sucedido muchas veces, el peligro es la llegada de presidentes autoritarios que refuerzan los vicios del país populista.

S.K.: En una perspectiva histórica, es evidente que la Argentina, desde el punto de vista de su funcionamiento en el orden institucional, sigue más cerca del siglo XIX que del XXI. Estamos en un país que sigue en deuda con el federalismo, un dilema que arrastramos

desde el siglo XIX y que el XX no solo no resolvió, sino que agravó mediante un centralismo creciente que se prolonga hasta hoy. Hay que unir, a esa irresolución del federalismo, patologías políticas como lo son, en una democracia que se dice republicana, los auténticos feudos provinciales intocados, de los que son ejemplos paradigmáticos Formosa y Santiago del Estero. Incluso Tucumán.

H.M.G.: Y Santa Cruz, agregaría. Hoy Cristina Kirchner quiere reproducir ese esquema feudal, que barre con la división de poderes, a escala nacional. Lo necesita para consagrar su impunidad. Del otro lado, sin embargo, un porcentaje muy importante de los argentinos tomó conciencia de la encrucijada en la que está el país y eso es alentador. Creo que esta urgencia representa también una oportunidad. La primavera democrática de 1983 llegó luego de un período muy negro, y de ese fondo oscuro surgió un anhelo de participación que derivó en la presidencia de Alfonsín. Había en el aire una sensación de promesa que tuvo una realización, aunque al final en parte se frustró. En esta crisis se mezclan razones históricas con la incertidumbre que trajo el triunfo electoral de Alberto Fernández, la pandemia y la cuarentena, la parálisis económica y, sobre todo, el ataque a las instituciones, el problema más acuciante. Pero quizá de esta amenaza tan grave pueda surgir una conciencia que aspire en

serio a una república, ya que tenemos cerca el abismo que abre la posibilidad de perderla. Los banderazos expresan un fuerte hartazgo moral y rescatan valores con una convicción de la que carece buena parte de la dirigencia. Lo que sucede en la calle me retrotrae al fervor de 1983, a un sentido de posibilidad. Veo una promesa en el encuentro de los muchos que quieren un país distinto.

S.K.: A eso lo llamaría el capital cívico con el que cuenta el anhelo republicano. Ahora, el capital cívico es una cosa, pero el capital institucional es otra. Mi impresión es que la demanda callejera en favor de la concreción de ese anhelo no se refleja todavía en el orden político. Aún es muy fuerte el contraste entre un sueño que irrumpe en las calles como hacía mucho no se veía y la posibilidad de contener el avance populista en las instituciones de la república.

Quiero sumarle a lo que decís un episodio muy importante entre los antecedentes de este espíritu republicano popular: lo que ocurrió a raíz del asesinato del fiscal Alberto Nisman. Ese día, el de la Marcha de los Paraguas, salimos a la calle impulsados por la conciencia de que el tiro en su cabeza era un balazo disparado a la república. Además de mostrar una grieta entre populismo y república, la marcha puso de manifiesto la escalofriante diferencia entre una muerte que despertó dolor y preocupación en la ciudadanía

y un oficialismo que subestimó la significación de esa muerte tratando de adjudicar al fiscal todo tipo de corrupciones que pretendían justificar el hecho de que terminara «suicidándose», como se argumentó pese a todas las pruebas en contrario y como hoy vuelve a asegurarlo el presidente de la nación.

H.M.G.: El relato sigue operando en este caso irresuelto. Un ejemplo es el giro del Presidente, como señalás, que afirmó que a Nisman lo habían asesinado y ahora dice estar convencido de que fue un suicidio. Más allá de esto, es cierto que hay paralelismos entre la Marcha de los Paraguas y los banderazos. Ambos tienen carácter defensivo. Son respuestas a una agresión. Tras el asesinato del fiscal, alrededor del cual hay un manto de silencio que hoy causa escozor por lo que las circunstancias sugieren, se salió a la calle en su memoria, pero también en defensa del Poder Judicial, de la ley. Por otra parte, la respuesta del kirchnerismo fue siempre la misma: ningunear el reclamo o tergiversarlo. En el caso Nisman, para embarrar la investigación judicial y evitar que se conociera la verdad. A los que se manifiestan en los banderazos los acusan de ser voceros del odio, en un mecanismo propio del populismo: proyectar en el otro los trucos, manipulaciones y «pecados» propios. Por otra parte, ni la Marcha de los Paraguas ni los banderazos han tenido suficiente eco en el plano de la política institucional.

S.K.: La fragilidad institucional para responder a un atentado de esta naturaleza se advierte aún más cuando se recuerda cuántos son los años que han transcurrido desde la voladura de la AMIA sin que se conozca todavía a los responsables locales de ese crimen. Con su silencio, el Estado argentino se hace cómplice del encubrimiento de ese delito mayor. La verdad sigue sepultada por la corrupción y la inoperancia política. Hay otros indicios de esa anemia de la ley: el pacto con Irán, la impunidad con que la guerrilla derrotada ha sabido sobrevivir a su condena, que no fue la de la Justicia sino la de la sociedad. Tampoco hay que olvidar que hay muchos militares que permanecen detenidos o han muerto en la cárcel sin juicio previo, inculcados por actos de terrorismo de Estado que nadie demostró que hubiesen cometido. Se tomó a la parte por el todo para afianzar aún más la lógica maniquea.

H.M.G.: La república juega el partido en una cancha inclinada. Pero lo que me preocupa es que no hay posibilidad de conciliación entre los reclamos de un sector importantísimo del país y la obstinación del kirchnerismo, decidido a avanzar en sus objetivos de impunidad, de absorción de los poderes del Estado y de una «eternidad» dinástica. Es imposible abrir una instancia de diálogo con un gobierno que rompe las reglas de juego para sacarte de escena. Cristina va siempre por más y del otro lado hay una suerte de

resistencia dispuesta a no ceder a esa voluntad que se coloca por encima de la ley. La tensión, entonces, va en aumento. ¿Cómo se sale de este callejón sin salida?

S.K.: Hablamos de la urgencia y has tocado un término decisivo, el concepto de diálogo. Ese concepto supone la aceptación de una convicción muy bien expresada por Arthur Koestler: «Todos combatimos con media verdad contra una mentira entera».

Solo pueden dialogar los que hagan de esta sentencia una premisa ética. Es decir, tengo razones para disentir con vos, pero tengo más razones para no dejar de dialogar con vos, aun en la disidencia. Esto es fundamental. Solo puede haber diálogo donde hay valores básicos compartidos, premisas comunes en lo que hace a la libertad de expresión y a las condiciones de interlocución. Esas premisas y esos valores se resumen en una idea. La idea de Centro. La república es el Centro, es decir, el punto de convergencia donde una izquierda democrática y una derecha igualmente democrática han acordado convivir sin perder sus convicciones específicas.

H.M.G.: En nuestro país tanto la izquierda como la derecha se creyeron dueñas de la verdad y han querido imponerse a la fuerza. En el contrato de la democracia, la opinión del otro es equivalente a la mía. Si alguno pretende imponer su visión anulando la

de los demás, estamos en la verticalidad de un sistema autoritario. La democracia es un repertorio de procedimientos para que todos puedan hacerse ver y oír. Reglas de juego. Sin esas reglas, sin ese Centro, la política se convierte en una lucha sin otro sentido que la conquista del poder en la que todo vale.

S.K.: Usaste un término «rousseauuniano», el contrato. Más allá de lo que puede haber de discutible en el naturalismo de Rousseau, la idea del contrato social sigue teniendo vigencia. Se trata de un acuerdo ante todo entre personas y solo después entre partidos. Es un pacto que establece la interdependencia en la creación de consensos. Eso tiene valor axiomático, se diría que forma parte de las Tablas de la ley. Hoy tenemos dos convenios sociales antagónicos, hostiles entre sí: el populista y el republicano. El primero privilegia el monólogo, la palabra vertical y autocrática. El segundo es infinitamente más difícil de alcanzar y al mismo tiempo más solidario. ¿Por qué? Porque en el populismo rige la retórica del liderazgo hegemónico, la convicción de que la palabra tiene dueño y no es un capital compartido con el adversario. Así se niega el pluralismo. En la república, aun siendo inconclusa y tambaleante, escuchar es tan decisivo como hablar. Entonces, tenemos ahí un repertorio de valores filosóficos que descansa en la convicción de que convivir buscando consensos es la mejor manera de

atenuar el error y sus efectos. La palabra dialógica nace de la conciencia de la desmesura en la que puede caer el pensamiento propio o la reducción del pensamiento a la palabra propia. Por eso el republicanismo es más difícil y esperanzado. Exige más libertad, más crítica y autocrítica, y una mayor responsabilidad.

H.M.G.: Es revelador el hecho de que el contrato social se establezca primero entre individuos. Eso habla del valor de las miradas particulares puestas en común, de las que puede resultar una síntesis. Un espíritu opuesto prevalece en el Senado, por ejemplo, donde la vicepresidenta, en función de sus objetivos y caprichos, da y quita el micrófono a su antojo. El Senado, donde la palabra debería circular de modo horizontal, es controlado de modo autoritario por quien se considera dueña de la verdad.

También resulta sintomático que la reacción más contundente ante el ataque a la república parta, como en aquel contrato inicial, del individuo. Hay en los banderazos un límite concreto al «vamos por todo» que el kirchnerismo no tiene más remedio que reconocer en silencio. En este sentido, reeditan la necesidad originaria de contar con instituciones. Es preciso renovar el pacto, dicen. Por eso las elecciones de octubre son cruciales. Allí el republicanismo popular, como lo llama Jorge Fernández Díaz, traducirá ese clamor en votos. Sin embargo, el voto es también

territorio que el populismo depreda: mediante el clientelismo, lo secuestra y se lo apropia. Así, convierte al voto en un instrumento de subordinación y condena a los asistidos a una pobreza que no tiene fin.

S.K.: Este tránsito del clamor por la ley a la vigencia de la ley es fundamental para que el proyecto republicano permita llevar adelante la transición del autoritarismo a la democracia. Sin embargo, ese pasaje se confronta con un dilema previo: las causas judiciales que pesan sobre la vicepresidenta. En el caso de que se resolvieran a su favor y quedara liberada de toda responsabilidad, habría una incompatibilidad entre la aspiración a vivir dentro de un orden republicano y la circunstancia de que ella siga representando al país. Así, Justicia y política habrían terminado por divorciarse.

H.M.G.: Tu planteo es dramático. Si la Justicia bendijera el relato del *lawfare* que el kirchnerismo quiere imponer, el daño sería inmenso. Junto con la verdad de los hechos, perderíamos la república. Además, después de haber visto tantas imágenes del saqueo, sería condenar a la sociedad a vivir en la mentira del relato, un golpe duro a su dignidad.

Sin embargo, al kirchnerismo le está resultando más difícil de lo que esperaba neutralizar las causas de corrupción. Tanto, que el Gobierno se lanzó a crear una Justicia «paralela», un tribunal intermedio que filtre

las causas de corrupción que llegan a la Corte y pueda absolver a la vicepresidenta. Así, dice el oficialismo, mejorará el funcionamiento del sistema judicial. Es decir, para aliviar la sobrecarga de trabajo, le van a sacar algunas causas a la Corte. ¿Pueden ser tan obvios? Incluso han modificado artículos del Código Procesal Penal para abrir una instancia por encima de la Corte y para que una pena solo pueda ser ejecutada cuando quede firme. La confirmación de la condena a Amado Boudou por haberse quedado con Ciccone precipitó las cosas. «Hay que meter mano en la Justicia», dijo el Presidente, y allá van. Por las dudas, también han instalado la idea del indulto y de una ley de amnistía. Muchos juristas, entre ellos Daniel Sabsay, advirtieron que los delitos de corrupción no pueden ser amnistiados ni indultados. El artículo 36 de la Constitución lo equipara al atentado contra el sistema democrático.

Como dijiste, están urgidos. En la otra vereda, la urgencia es fortalecer las instituciones y en particular la Justicia, para resistir el embate. No se trata de que los jueces fallen de acuerdo a lo que uno piensa. Lo que defendemos son procedimientos, la necesidad de que la ley prevalezca sobre una facción que pretende doblegarla y de que los jueces la apliquen sobre la base de la prueba que obra en los expedientes.

S.K.: Defendemos la independencia de los poderes. Cuando queremos un Poder Legislativo capaz de actuar

sin estar subordinado al Ejecutivo, estamos remitiendo a un Congreso donde oposición y oficialismo representen un poder autónomo, lo que no quiere decir ajeno a toda interdependencia. Cuando aspiramos a un Poder Judicial independiente, lo que queremos es que la política no subordine a la ley. Este es un año en el que estas dos cuestiones, la autonomía y la interdependencia de los poderes de la nación, deben recuperar significación y perder la irrelevancia que hoy tienen.

H.M.G.: Estamos entrampados en una matriz que beneficia a una élite política, empresarial, sindical, que manejó el país de espaldas a la sociedad y se ha enriquecido. Una parte de la Justicia es cómplice de ella. Sin embargo, muchos jueces honestos sienten un aval de la sociedad en relación a lo fundamental de su trabajo y de su rol.

S.K.: Creo que nuestra hipótesis, en verdad nuestra convicción, es que el populismo representa una tentativa de proseguir con una tradición. Y la república, la tentativa de introducir una innovación. Los Kirchner entonces miran hacia el pasado, pero ingresaron al poder con una formidable intuición para aprovechar las oportunidades del presente y se han fortalecido políticamente mediante las frustraciones generadas no solo por la economía, sino también, como decía,

por una ideología supuestamente revolucionaria que vio truncado su desarrollo y volvió a ilusionarse con el proyecto de un cambio «progresista». Las banderas del peronismo, por su parte, cayeron en manos de quienes habían hecho un feudo de Santa Cruz. Y la idea de que el liderazgo político debía reducirse a la figura de quien ejercía la presidencia de la nación, sin el menor respeto por las instituciones, fue celebrada como el retorno del pensamiento popular.

H.M.G.: El rescate de los años setenta fue una jugada muy astuta de los Kirchner. La generación de Carta Abierta, todos los que habían participado de una u otra manera en la izquierda revolucionaria de los setenta, se sintieron rehabilitados. Era su oportunidad de volver a las utopías de juventud. Así justificaban, en retrospectiva, su propia vida. Y así recuperaban la épica de sus años dorados: ellos serían héroes en esta nueva encarnación triunfante del sueño revolucionario. Les ofrecieron, en suma, la posibilidad de volver a nacer. Es difícil resistirse a eso. Lo que han hecho en cambio es poner en suspenso su juicio crítico para vivir el sueño de una falsa revolución.

En su libro *Utopía y desencanto*, Claudio Magris dice que los intelectuales no son *a priori* dueños de una mayor autonomía de juicio que un comerciante o un dentista. Allí advierte sobre «los vínculos perversos que pueden establecerse a veces entre un excitado

lirismo totalizante y el totalitarismo político» y sobre la «patética tentación de sentirse al unísono con la marcha de la historia». Nadie está exento, señala por las dudas.

S.K.: Pocos explotaron tan bien como los Kirchner las expectativas redencionales frustradas una y otra vez en el país. Néstor Kirchner supo armar una trama de acción en la que se complementaron delito, demagogia y habilidad para afianzar el prebendarismo. Despertó adhesiones entre ilusos y entre fanáticos. Devolvió al caudillismo una relevancia que había perdido. La involución político-institucional de la Argentina encontró en él a su artífice máximo y a su más inescrupuloso cosechador. Su labor se vio complementada por su esposa, no menos hábil que él para el ejercicio de un poder autoritario y resueltamente delictivo, dotada además de aptitudes retóricas que él no tenía y que le permitieron ubicarse rápidamente a la cabeza de un Estado sin fortaleza institucional para impedir sus desmanes.

H.M.G.: Los cuadernos de las coimas son una descripción detallada de la Argentina corrupta que los Kirchner profundizaron. La cuestión es si se impondrán esas evidencias o prevalecerá el relato, que el kirchnerismo sostendrá hasta el final. Cristina no se puede permitir una fisura en el relato porque se podría resquebrajar

toda la pared. Hay que sostener el simulacro hasta el final. El accidente de Once, en febrero de 2012, fue una muestra clara de la connivencia mafiosa entre el Estado y los dueños de una concesión pública, y del impacto que la corrupción tiene sobre la sociedad. Murieron 51 personas. Yo pensé que Once, que puso en evidencia el modelo extractivo, iba a herir de muerte al relato, que la sociedad abriría los ojos. Sin embargo, a los cinco días, envalentonada, la entonces presidenta lanzaba desde Rosario su «vamos por todo». Abrazada al relato, Cristina superó muchos obstáculos. Abrazada al relato, hoy avanza contra la democracia.

S.K.: Por eso, de la oposición se esperan respuestas eficientes. ¿Qué puede ser una respuesta eficiente en términos de gestión? Aquella que restaure el papel de la ley sobre el desenfreno del poder político. La que devuelva al mediano y al largo plazo su condición de puntos de partida para resolver los problemas de fondo; la que restituya, en suma, la confianza indispensable para reconciliar el capital y el desarrollo. La que devuelva sentido al trabajo y valor a la educación. No habrá republicanismo si la ética en la gestión administrativa no comulga con la política, en un empeño constante de complementación.

H.M.G.: Reconciliar la ética con la eficacia es esencial. Una de las deudas más grandes de la democracia en

nuestro país, si no la mayor, es su fracaso ante la pobreza. El populismo aprovecha muy bien esa demanda insatisfecha. En el orden global, el crecimiento de la desigualdad creó un campo fértil para los demagogos. La brecha entre el núcleo pequeño de los que más tienen y los que menos tienen es cada vez mayor. Eso horada el contrato de la democracia. Los sentimientos de miedo y desprotección, incluso de ira, ante la desigualdad y la incertidumbre, abren la puerta a líderes que manipulan esas emociones con lecturas simplistas y falsas de la realidad.

S.K.: El desarrollo desigual de la globalización y de las democracias sociales de posguerra no evitó el distanciamiento creciente, en términos de oportunidades, entre sectores beneficiados y sectores afectados por ambas, tanto en sus derechos como en sus intereses. Esto indujo a los desfavorecidos a volcarse, en muchos casos, hacia los nacionalismos y a brindar apoyo a los liderazgos populistas, que supieron convertirse en voceros de sus frustraciones tanto como de su expectativa de recuperación. Cuando un Donald Trump salía a proclamar «¡Estados Unidos primero!», lo que estaba diciendo es: «Yo escuché a los postergados, conmigo todo va a cambiar, vamos a terminar con la marginación generada por el mal llamado progreso y a recuperar el orgullo perdido».

H.M.G.: La equidad es una promesa incumplida de la democracia, que está pagando costos muy altos por esa deuda.

S.K.: Sin duda. A fines del siglo XIX se inició entre nosotros un período de búsqueda de mayor equidad social. Surgió y se extendió una clase media más y más fortalecida. Fue un fenómeno que proyectó al país a un plano de desarrollo social sin igual en América del Sur. La búsqueda de un porvenir digno se transformó así en un presente de realizaciones. El trabajo le abrió puertas al estudio, y este, a una mejor calidad laboral. La democracia republicana supo probar entonces su eficacia. El golpe de 1930 rompió el equilibrio constitucional y en la posguerra el peronismo trajo de regreso el auge del caudillismo bajo un liderazgo carismático y crecientemente personalista. El espíritu republicano no desapareció, pero retrocedió y perdió incidencia. Pasó a ser residual, en una comunidad cada vez más fragmentada, más corporativa y reñida con la Constitución. Las dirigencias representativas de ese espíritu republicano no supieron comprender los desafíos sociales que ellas mismas habían contribuido a crear.

H.M.G.: Marcás la década de 1930 como punto de inflexión. A partir de allí confluyen varias vertientes. La militarista, sin duda. Perón era militar, pero además

estudió en la Italia fascista de Mussolini. De allí trajo la idea de un Estado encabezado por un caudillo que decide la política con los factores reales de poder, entre quienes distribuye privilegios y prebendas. Así proyecta hacia las décadas siguientes un esquema que favorece la concentración de poder y la corrupción. Por otro lado, está la influencia católica. Para la Iglesia, Perón, con su organización de los sindicatos, fue una garantía de que las ideas socialistas o comunistas no contaminaran el «ser nacional». La Iglesia suscribe esa estructura jerárquica de la sociedad que no requiere de ciudadanos autónomos, sino del individuo anulado en el rebaño. En una nota publicada en *La Nación*, el historiador italiano Loris Zanatta dice lo siguiente: «El peronismo fue sobre todo la revancha de la Argentina católica contra la Argentina liberal, del terruño contra el cosmopolitismo, de lo rural contra lo urbano, del interior contra el puerto, de la herencia hispánica contra las tendencias ilustradas». Confluyen la tradición militar, el catolicismo más cerrado y los nacionalismos europeos de la primera mitad del siglo XX, más precisamente el fascismo. Las tres forjan la matriz corporativa que, creo, sigue vigente.

S.K.: Las alianzas son entre fragmentos, pero sin un ideal de conjunto.

H.M.G.: Cuando llegan al poder, los Kirchner, tras dominar la política desde la caja, apuntaron a tomar el

control de importantes empresas o de sectores enteros a través de empresarios amigos o de testaferros. La vicepresidenta necesita ahora alcanzar el control del país y sus instituciones, puesto que de eso depende su impunidad. Su lucha no es contra la oposición, sino contra la verdad y el sistema democrático. De allí la urgencia. De allí, también, los anticuerpos republicanos que semejante embestida despertó.

S.K.: Nuestra urgencia no es ansiedad. Se nos acaba el tiempo de mantenernos en una espera pasiva, como si las circunstancias por sí mismas aseguraran los cambios que necesitamos.